

## MI HIJO DORMIDO.

Duerme, oh, niño! por quien mi alma  
Tanto se afana y delira,  
Dulce y tranquilo respira,  
Hijo de mi ardiente amor.  
Duerme en brazos de la infancia  
Con inocente descanso,  
Que así el vientecillo manso  
Mece apacible la flor.

Puro eres como la aurora  
Que de Dios al poderío  
Primera ilustró el vacío  
Revelando la creación.  
Y tu faz es apacible  
Como el zafiro del cielo,  
Despejado y sin un velo  
Cuando la caída del sol.

Es delicioso tu aliento  
Como en los mares la brisa,  
Es ingénua tu sonrisa  
Como en la fuente el cristal.  
Y para mí tus encantos  
Avasallan mi albedrío  
Porque eres el hijo mío,  
Porque eres mi iris de paz.

Porque tú, niño, revives  
Los ensueños de mi infancia;  
Flor que vierte su fragancia  
En mi amarga juventud;

Grata estrella que reluce  
Sola en la tormenta umbría,  
Perdido rayo del día  
Entre el lóbrego capuz.

Niño, duerme sosegado,  
Que yo velaré tu sueño,  
Junto á tu arcángel risueño  
También de rostro infantil.  
Duerme, que la única sombra  
Que tu faz tranquila empaña  
Es la que hace tu pestaña  
Sobre tu tez de marfil.

Barquilla pronta á lanzarse  
En el mar de la fortuna,  
Primer destello de luna  
Visto entre nubes de horror,  
Dulce sueño de la infancia,  
Tan blando, tan sosegado,  
Pero, hijo mío, pasado  
En el mundo del dolor.

Así á la margen del río  
Se mece flor inocente.  
Si rebosa la corriente  
¿A la flor respetará?  
Así cándido celaje  
Reluce al sol en el cielo:  
¿Qué será del frágil velo  
Si brama la tempestad?

Y tú que eres, niño hermoso,  
La vida del alma mía,  
Como para el mundo el día,  
Como para el cielo el sol.  
Ah! no quiero contemplarte  
Sino durmiendo y gozando,  
Aunque yo muera penando:  
Yo nací para el dolor.

Tu nacimiento esperaba  
Con ternura, hijo querido,  
Y fué tu primer vagido  
Mi armonía angelical.

Después te arrullé en mis brazos,  
Dulces trovas componiendo,  
Y te adormía riendo  
Mi monótono cantar.

Te hablaba de que en el cielo  
Hay florecientes jardines,  
Cual tú, niños querubines  
Que son delicia de Dios.  
Y arroyuelos transparentes,  
Y palacios de diamantes,  
Y aves de plumas brillantes  
Y de canto seductor.

Y te decía:—hijo mío,  
Embebido en contemplarte  
Sin atreverme á besarte  
Y tu sueño interrumpir,  
Te ví cual se mira al cielo  
En la linfa transparente,  
Como embalsama el ambiente  
Al entreabrirse el jazmín.

Y en tu frente hallar quería  
El anuncio del talento,  
Y creí dotar tu aliento  
De elocuencia celestial.  
Y á mi padre recordaba  
En tus facciones de niño,  
Y recordé su cariño,  
Y recordé mi orfandad.

Y entonces, niño, lloraba;  
Pero refrené mi duelo:  
Que es sensible agoste el hielo  
En su capullo á la flor.  
¿Qué será de tí, hijo mío,  
Mi ángel de paz, mi delicia?  
Nadie te hará una caricia,  
Nadie te ama como yo.

Hijo de mi amor ardiente,  
Nacido de mi María,  
Cual del cielo nació el día  
Y la perla de la mar.

Cuando te miro en sus brazos  
Reclinado con terneza,  
Digo: aquella es mi riqueza,  
Mi sola felicidad.

Como en un cielo dos astros,  
Como en un tallo dos flores  
Que compiten en colores  
Y en belleza y en olor.  
Como en una hoja dos gotas  
De transparente rocío,  
Los contempla el amor mío  
Con hechizo encantador.

Duerme, niño, ya que ignoras  
Que vivir es padecer;  
Duerme en brazos del placer,  
Duerme velado por mí,  
Duerme: estréllense en tu cuna  
Las olas del mundo vano;  
No te despierte la mano,  
Niño hermoso, del dolor.

Porque tú eres mi embeleso,  
Mi niño, mi hijo, mi encanto,  
Con recogimiento santo  
Guardo tu sueño, mi bien.  
Dosel fórmente las alas  
Del ángel de tu inocencia;  
Sueña bajo su influencia,  
En las glorias del Edén.

Los afectos que me infundes  
No expresa ningún idioma,  
Tienen armonía, aroma,  
Tienen amor paternal.  
Por eso, niño, al mirarte  
Sin saber la causa, lloro,  
Y sé al ver lo que te adoro  
De mi alma la inmensidad.

Cuando yo en la tumba fría,  
Esté, niño, descansando,  
Tú repetirás llorando  
Este canto paternal.

Y si permiten los cielos  
Que yo sepa tu memoria,  
Duplicará así mi gloria  
El Hacedor inmortal.

Febrero 8 de 1843.

### LA CUNA VACIA.

Recuerdo de mi inocencia,  
Cuna humilde, cuna mía,  
Abandonadada, vacía,  
Desde que yo te dejé.

Junto de tí lancé al mundo  
Tierno mi primer vagido,  
En tus brazos he dormido  
Los sueños de mi niñez.

En tí, trémula barquilla,  
Crucé el lago de la infancia,  
Percibiendo la fragancia  
Del dulce amor maternal.

Y las olas de los días  
Me mecieron murmurando,  
Y era su vaivén tan blando  
Que reía al despertar.

Era el lago de la infancia,  
Tersó cual bruñida plata,  
En que la aurora retrata  
Sus celajes de carmín;

En que rizan sus cristales  
Auras gratas, sosegadas,  
Con las alas empapadas  
En aroma de jazmín.

Dulce es cruzar una cuna  
 Por el albor de la vida,  
 Deslizándose impelida  
 Por el gozo y la ilusión.

Allí va un niño durmiendo,  
 Niño de serena frente,  
 Ni tiene dudas su mente,  
 Ni penas su corazón.

Es grato ver una cuna  
 Que el viento apenas la toca,  
 Porque una madre coloca  
 Allí al hijo de su amor.

Porque ella es un relicario  
 Do guarda al niño adorado  
 Y sólo á una madre es dado  
 Reconocer su valor.

Porque es de púrpura el vaso  
 Que ampara una flor querida,  
 Que vale toda una vida  
 De ternura maternal.

Es dulce ver en la cuna  
 De un hijo la frente bella,  
 Como es mirar una estrella  
 De un arroyo en el cristal

¿A do caminas barquilla  
 Con imprudente inconstancia?  
 ¡Ah! del lago de la infancia  
 Huyes para no volver!

Goza del aura serena,  
 Goza del tranquilo cielo,  
 Modera el rápido vuelo  
 Y el fugitivo vaivén.

Te hacen bóveda en los aires  
 Nubes de topacio y oro,  
 Te va dirigiendo un coro  
 De arcángeles del Edén.

Y al preservarte ¡oh, barquilla,  
 De los riesgos de los mares,  
 Van entonando cantares  
 De dulcísimo placer.

Nada te arredra, barquilla;  
 Ya es horrible la corriente,  
 Queda al borde del torrente,  
 Que es necesario un bajel.

La juventud se despeña  
 De roca en roca saltando,  
 Y se avalanza bufando  
 Cual desbocado corcel.

Quédate, adiós, cuna mía,  
 Solitaria sin tu dueño,  
 Adiós de la infancia, ¡oh, sueño!  
 Salud, porvenir atroz.

Quédate como la concha,  
 Sin su perla reluciente,  
 Como sin sol el Oriente,  
 Como el capullo sin flor.

Quédate como la nube  
 Que rompió en antes la luna,  
 Quédate huérfana ¡oh, cuna!  
 De mi tranquila niñez.

Inútil como la roca  
 De que se arrancó el diamante,  
 Tallo de flor inconstante  
 Que se marchitó al nacer.

Queda viudo, hermoso nido,  
 En que trino alegre el ave,  
 Do se dirige? ¡quien sabe!  
 Tan sólo lo sabe Dios.

Voló á la merced del viento,  
 Arrebatada, perdida:  
 Voló casi confundida  
 Con las nubes del dolor.

¡Pobre niño! ¡inútil cuna!  
Queda al principiar la vida,  
Como el punto de partida,  
Que el viajero te verá

Allá en el confín obscuro,  
Entre memorias diversas,  
Entre las nubes dispersas  
De su deliciosa edad;

Al tocar en una cuna  
Do se nace á otra existencia  
Que la humana inteligencia  
Sólo entre tinieblas ve.

Esa es la cuna del polvo,  
Cuna que helada recibe,  
En la que el polvo revive  
Para jamás perecer.

Dos límites de la vida,  
Y en la fatal travesía,  
La pertinaz agonía  
Y el llanto atroz y el sufrir.

En uno las ilusiones,  
En otro los desengaños;  
En una brotan los años,  
En otro encuentran su fin.

En uno se entra riendo  
Con el semblante de niño,  
Con los besos del cariño  
Del padre de nuestro amor.

Viendo el otro del ocaso  
Al indeciso reflejo,  
Quemar nuestra tez de viejo  
El llanto de la aficción!!

Uno propone un enigma,  
A la materia, á la suerte;  
Y es otro enigma la muerte  
Para el alma del mortal.

Quédate; adiós, cuna mía;  
Flor muerta, flor sin fragancia,  
Halagada de mi infancia  
Por el aura matinal.

Te veré como un despojo  
De mi venturosa suerte  
Cuando me envuelva la muerte  
En su lóbrego capuz.

Tal ve el náufrago al hundirse  
En mares embravecidos  
Los tablonos esparcidos  
Del barco en que vió la luz.

Junio de 1843.